

POR BULERÍAS EN SILLA DE RUEDAS

EN EL UNIVERSO SIEMPRE COMPLEJO Y CADA DÍA MÁS TÉCNICO DEL BAILE FLAMENCO, EL BAILAOR JOSÉ GALÁN SE HA PROPUESTO EL MÁS DIFÍCIL TODAVÍA: CREAR LA PRIMERA COMPAÑÍA PROFESIONAL QUE INTEGRE A PERSONAS CON DISCAPACIDADES. LOLA LÓPEZ, LA PRIMERA BAILAORA EN SILLA DE RUEDAS, ES EL MEJOR EJEMPLO DEL RETO. AMBOS INICIAN AHORA UNA GIRA A DUO POR ESPAÑA Y OTRAS PARTES DEL MUNDO PARA PODER HACER REAL EL SUEÑO.

por David López Canales fotos Susana Girón

Lola López,
bailaora en silla
de ruedas, sobre
el escenario del
Teatro Alameda
de Sevilla, junto a
José Galán,
durante la Bienal
de Flamenco de
Sevilla 2018.

MAGAZINE
Opening



MAGAZINE Opening

«VAMOS A
ROMPER
MUCHOS
MOLDES
Y TAMBIEN
VAMOS
A RECIBIR
MUCHAS
CRITICAS»



Lola López tiene 55 años y es de Terrassa. "Desde que nací quería ser bailarina o actriz, pero a los seis meses contraje el virus de la polio", arranca ella su biografía. Es el comienzo de una historia con una infancia en la que su madre le decía que no tenían dinero como excusa para no llevarla a la academia de ballet en la que no la hubieran admitido; en la que en el Institut del Teatre de Catalunya, cuando tenía 18 años, la animaron a no presentar ninguna solicitud de acceso y en la que entonces se olvidó definitivamente de su sueño y se dedicó al magisterio. Una historia en la que con 40 años empeoraron las secuelas de la enfermedad, se redujo su movilidad, la prejubilaron, se depri-

mió y cuando salía por fin de aquel tinell oscuro, falleció su marido Paco.

DESCUBRIENDO LA DANZA INTEGRADA
Pero también es una historia en la que su abuelo, charnego de Almería, le cantaba coplas, la llamaba gitanyilla y le pedía que bailara para él. En la que Lola, que era aún entonces Dolores, veía a Lola Flores en la tele y se emocionaba, y en la que esa espina clavada había dejado una herida que aún sangraba. Hasta que cuatro años después de morir su marido, cuando volvió por fin a asomar la cabeza, cuando toda su vida había cambiado radicalmente en tan poco tiempo, descubrió al colectivo catalán Llant la Troca, que hacía danza integrada. Probó un día de ensayo, lloró sola en silencio al salir y fue consciente de nuevo de que eso es lo que siempre soñó hacer. "Yo no sabía todavía que en silla de ruedas se pudiera bailar", confiesa hoy. Pero aún faltaba el giro final. Seis años bailando con ellos después, a comienzos de 2017, vio un anuncio en Facebook de un taller de flamenco que el bailarín José Galán impartía en el Festival de Jerez. Se apuntó.



Sobres estas líneas, la bailarina Reyes Vergara (derecha), José Galán (centro) durante un ensayo. En la otra página: Mónica Vilches, intérprete de lenguaje de signos, una bailarina en silla de ruedas y otra participante con discapacidad visual.

Allí conoció a José y le "maravilló su arte, su energía y la estela que deja", como cuenta emocionada. El flechazo fue mutuo. El le propuso que se fuera con él a Sevilla y ella no lo dudó. En aquel taller de Jerez, Dolores se convirtió en Lola, el nombre de su madre. "Vamos a ser pioneros", le dijo José entonces. "Vamos a romper muchos moldes", continuó. "Y también vamos a recibir muchas críticas", le avisó.

José Galán sigue siendo hoy, con algunos años más, el pequeño Pepe. Aquel niño moreno y travieso de Camas, Sevilla, que empezó a bailar con siete años junto a sus tres hermanos. El pequeño Pepe que crecía, como cuenta, aprendiendo a vivir ajeno a las críticas, sin importarle "un pito" lo que otros dijeran de él por ser gey, por salir, como lo recuerda, "con mi bicicleta con mi 'oso amoroso' en la cesta". Y continúa siendo también aquel niño que perdió a uno de sus hermanos, Eduardo, por un cáncer con solo diez años y que ya decía entonces que él, cuando fuese mayor, lo que quería era poder ayudar. Galán continuó creciendo. También en el

flamenco. Completó el conservatorio y con 18 años encontró trabajo en un tablao en Sevilla. "Lo mejor para aprender", como dice, pero también lo peor para "evtoparse", como también confiesa. A pesar de eso, de las madrugadas festivas flamencas, durante el día siguió estudiando. Quería tener una salida al baile y se matriculó en Pedagogía. También en esa época de Sevilla se fue a Madrid para bailar durante cinco años con la compañía de Sara Baras. Pero fue en la universidad donde, tras cursar una asignatura optativa que se llamaba "La educación en la danza", recuperaría, como Lola el suyo de bailar, aquel sueño de ayudar que tuvo desde niño y que ha convertido hoy en su gran vocación junto al baile.

APRENDIZAJE PERSONAL

El bailarín lleva desde 2010 haciendo lo que denomina "flamenco inclusivo". Talleres, como al que Lola asistió en Jerez, con el flamenco como herramienta de trabajo e integración para discapacitados, desde afectados de síndrome de Down o personas con

movilidad reducida hasta los presos con enfermedades mentales de la prisión de Sevilla, consiguiendo permiso para también poder impartirles sus clases. Casi una década de trabajo, pero también de aprendizaje personal. Así ha descubierto y asimilado cómo trabajar según las diferentes discapacidades. Hoy sabe que con los chicos con síndrome de Down no hay un patrón común. Que Reyes Vergara, con quien baila desde hace años, tiene tanto arte sobre el escenario como poca disciplina para ensayar. Le cuesta memorizar los pasos. O que su

MAGAZINE Opening

«PERSONAS CON
DISCAPACIDAD.
FUERON GRANDES
DEL FLAMENCO
COMO EL
BAILAOR ENRIQUE
EL COJO O LA
CANTAORA
CIEGA LA NIÑA
DE LA PUEBLA»



compañero Hellist Baeza, cuerpo fibroso y alto de bailarín experto, que ya hacía danza contemporánea y que confiesa adorar a José "como jefe y como bailarín", para reparar un paso a mitad de una coreografía tiene que hacerlo siempre desde el comienzo. Galán lo llama proceso de investigación. El imprescindible para adaptar el flamenco y su trabajo a esas necesidades especiales. Desde agarrar por detrás a una mujer ciega para mostrarle los movimientos o descubrir que leves gestos visuales o la respiración misma permiten marcar el compás a unos bailarines sordos que no escuchan la música, como lo recordaron al bailarín en uno de los ensayos cuando este, como cuenta entre divertido y avergonzado, se empujaba en subir el volumen y en poner una y otra vez el mismo tema.

EJEMPLOS HISTÓRICOS

Durante estos años, Galán ha trabajado también, para darle aún más fondo a su proyecto, en una tesis doctoral con casi una treintena de casos documentados de personas discapacitadas que fueron grandes del

flamenco, como el bailarín Enrique el Cojo o la cantaora ciega la Niña de la Puebla. Aunque las historias que más le fascinan son las de dos bailaoras de mediados del siglo XIX, el sevillano José Miracielos, a quien apodaron así porque un defecto físico le impedía agachar la cabeza, y el linaresno Enrique El Jorobado. Dos nombres habituales en aquella época de los teatros y los cafés cantantes y que hoy forman parte de la historia de aquel flamenco primigenio como precursores del zapateado. Galán va incluso más allá. "Hay teorías que sostienen que comenzaron a zapatear para llamar la atención, por los problemas que tenían de cintura para arriba", asegura. Sabe que "no hay pruebas científicas que lo demuestren", pero confiesa que quiere creer que fue así, "porque la creatividad y querer hacer las cosas de otra manera surgen de la necesidad y de la salvavidas". Pero esos ejemplos históricos van mucho más allá de lo anecdótico. Porque lo más interesante y llamativo de este flamenco inclusivo que hace el bailarín y coreógrafo no son esos talleres, sino el reto que él se ha

propuesto: crear la primera compañía flamenca profesional que integre a personas con discapacidad y sin ella. Una compañía sin apellido de "flamenco inclusivo" en la que se exploten los recursos expresivos y artísticos de todos sus artistas, tengan o no discapacidades. Una compañía en la que un zapateado pueda hacerse con tacones, de pie sobre las dos piernas, o con una silla de ruedas como la que utiliza Lola para bailar, que es el más difícil todavía al que Galán se ha enfrentado. Una compañía en la que, como lo resume, esas personas con discapacidad que la integran sean también profesionales. Por eso, tras aquel taller en Jerez, le anunció a Lola que iba a abrir puertas y ser pionero. Aquel día ella se convirtió así en la primera bailaora en silla de ruedas. "A mí me da vueltas siempre en la cabeza la idea de sentirme una intrusa. Ese es mi dilema interno. Ya me pasaba cuando hacía danza contemporánea, que me preguntaba qué había hecho yo para merecer ese puesto en la compañía. Y ahora que hago flamenco, lo pienso mucho más", confiesa Lola. Ella tenía y tiene las ganas. Pero a la

dificultad de bailar sobre una silla de ruedas suma además ahora la de no venir del flamenco. Y eso implica el esfuerzo añadido de aprender el compás de los diferentes pasos y bailar siguiendo el complicado ritmo que hace de esta una música única en el mundo. "Lola tiene ilusión y presencia escénica, pero a nivel flamenco acaba de empezar. Así que necesito unos años para prepararla más", explica Galán. Por eso, como cuentan ambos, es duro con ella. "El compás, no te salgas de compás", le repite, una y otra vez en los ensayos, en la que es probablemente la frase más repetida en todas las escuelas de flamenco. El resultado del trabajo de ambos, sin embargo, da ya sus frutos: sueños reales de cuerpos posibles es el espectáculo a dúo que hacen y con el que han comenzado este año a girar por España y a llevarlo a festivales extranjeros, en sitios como Düsseldorf, Francia, Corea o México. "Yo lo veo genial. Una persona con síndrome de Down o en silla de ruedas, si tiene constancia con el arte, puede ser profesional del flamenco, como puede serlo un jinete". La cantaora sevillana Inma La

Carbonera, que forma parte de la compañía, es directa y rotunda. "Creo que es necesario para el flamenco. Los artistas pueden aprender mucho de un proyecto como este. Eso de que el flamenco tiene que ser un gitano moreno lo veo antiguo. Y sé que los ortodoxos lo van a criticar más que el resto del público. Pero también sé que esos ortodoxos son la manzana podrida del flamenco", dice.

MUCHO ARTE

Esa es la frontera final que José Galán quiere traspasar. Lograr que se aprecie el arte en esas personas con discapacidades más allá de estas. Que al público le guste o no y opine como haría con cualquier otra compañía flamenca. Sin paternalismos ni prejuicios. Pero ahí está, a su favor, la propia historia de esta música. El hecho de que los flamencos fueran, como lo describía el guitarrista Paco de Lucía, "el lumpen del lumpen" que era Andalucía en España. La realidad que cuenta cómo el flamenco nació de la marginación y cómo esta no deja de ser otra discapaci-

Sobre estas líneas, a lo largo de la bailaora Patricia García. A la derecha, de arriba abajo, de arriba abajo, se muestra el espacio El Aprendizaje de Magoz; los alumnos de los talleres de flamenco de José Galán se despiden emocionados de él al final de un curso; y Lola López, recordando el gesto. En la otra página, Lola López y José Galán.

dad. Y también está el ejemplo de los propios artistas. Tanto los antiguos sobre los que Galán estudia como los contemporáneos. Bailaoras como la Chana, que baila sentada, a quien el bailarín cita recurrentemente como un ejemplo para él. O todas esas gitanas ya viejas que exudan arte bailando a compás en cuanto las palmas sueñan y que recuerdan esa frase del maestro Rancapino que tanto le gusta también a Galán, la de que el flamenco se canta con faltas de ortografía. ■